

Historia de las Academias

Discurso de posesión del doctor Mario Melguizo Bermúdez al asumir la presidencia de la Academia de Medicina de Medellín, en febrero de 2021.

Mario Melguizo Bermúdez

ASUMO HOY LA Presidencia de la Academia de Medicina de Medellín con entereza, es decir, sé que es una tarea ardua y difícil, pero la afrontaremos con serenidad y fortaleza. Me acompañan, como equipo de trabajo, un señor vicepresidente de lujo, a quien conozco desde la época de estudiantes, ya que fuimos compañeros y ejercimos siempre una sana competencia en las lides académicas, el doctor Carlos José Jaramillo Gómez. Un secretario General, el doctor Luis Javier Castro Naranjo, acostumbrado a enfrentar retos. Un Tesorero ímpoluto y casi vitalicio, el doctor Juan Carlos Restrepo Gutiérrez. Un Secretario de Actas, el

doctor Domingo Caraballo Gracia, a quien le he solicitado perfección en su labor, ya que las actas son la constancia histórica de la vida de las academias. Y un vocal, el doctor Giovanni García Martínez, repleto de realizaciones académicas. Somos una Junta masculina pero no fue nuestra intención. Doy fe de la alta calidad de las mujeres que nos acompañan en el empeño de mantener el conocimiento en su más alto nivel. Ya estarán de nuevo aquí dirigiendo la Academia, como lo hizo la doctora Rocío Gómez Gallego, cuyo rasero será difícil de superar. Pero lo intentaremos. Cuando me ofrecieron la Presidencia, siempre les respondía que si todo fuera académico, su manejo sería para mí

más simple, pero detrás de ello está esa difícil gestión administrativa donde predomina la consecución de los recursos necesarios para subsistir. Siempre hay detrás algo que empaña, que hace más difícil el desarrollo libre de la Academia. Pero habrá personas competentes, tras bambalinas, que nos ayudarán a sortear esa mar gruesa, esa mar difícil y tempestuosa, del manejo logístico. Añoro la decisión del General Marceliano Vélez, al momento de la fundación de esta Academia en 1887, cuando el Gobierno departamental se encargó de todos los gastos de la Institución recién nacida y dejó a los académicos lo académico, la labor del incremento del conocimiento. ¿Será que acudimos al actual Gobierno

Departamental, invocando la historia, para que nos apoyen en lo económico?

Desde luego que contamos con los aportes oportunos de los académicos que entendemos que pertenecer a una Academia es un honor y un privilegio, como lo veremos a lo largo de este ensayo. Y de las donaciones, pero es mi propósito que la Academia de Medicina de Medellín deje de ser una entidad mendicante.

Sea lo que fuere, los académicos tenemos una responsabilidad social de gran envergadura. Que aquellos que posean responsabilidad política la ejerzan, que aquellos que tengan responsabilidad docente, la impartan, que aquellos que tengan responsabilidad investigativa, la realicen, que aquellos que tengan responsabilidad laboral, la practiquen. Responsabilidad y honestidad en el diario quehacer, enmarcados por ese sello personal y humano que hace únicos los actos de cada individuo (1).

Que sea lo primero agradecer a los académicos la confianza depositada en los miembros de esta nueva Junta y les aseguramos que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para no defraudarlos.

Pudiera presentar ante ustedes en esta posesión un discurso lloroso, lleno de lindos adjetivos, adverbios poderosos y exclamaciones sonoras, que conmuevan, y ello no sería despreciable, pero prefiero contarles a ustedes algo sobre los orígenes de las Academias en general, las de medicina y más particularmente la nuestra. No puedo continuar sin pedirles que continúen enamorándose de esta institución y que quienes lleven poco tiempo de noviazgo lo fortalezcan hasta adquirir el amor necesario para el mejor de los desempeños académicos que este recinto exige.

Todo nació con la Idea, y siendo

muchas, se aliaron. Henri Berr, filósofo francés, profesor y autor de la colección enciclopédica *La evolución de la humanidad*, afirmaba “Creemos que el poder de las ideas es inmenso, que las ideas, aún las más abstractas, tienen siempre alguna relación secreta con la vida, alguna acción indirecta sobre ella; que la investigación de la verdad es, por consiguiente, esencialmente la tarea humana. Saber es adaptarse metódicamente”.

Que el pensamiento tomara un carácter especulativo es uno de los aspectos del milagro griego. Esa forma de pensar para ganar conocimiento, enfocándose en la esencia de las cosas y sus primeros principios.

Fue la civilización griega la que creó la razón humana. El pensador, es decir, “esa necesidad de explicar lógicamente”, como decía Lalande, no existía antes de la civilización griega.

“Los griegos se embriagaron de dialéctica”, decía Henri Berr. Y aparecieron los filósofos y los juglares, intentando reclutar discípulos y adquirir un conocimiento más extenso de los hombres y de las cosas. Son agrupaciones y escuelas que son verdaderas cofradías o Universidades como las Academias y los Liceos. Es el resultado de la llamada Grecia “razonadora o racionante”, en la que la razón descubre su poder (2,3).

Fue así como apareció la Escuela de Mileto, ciudad de Grecia donde la cultura estaba más avanzada. Su fundador fue Tales (624-546 a. de C.), quien fue sucedido por Anaximandro, el primero en tener la idea de levantar un mapa de la Tierra; y este, por Anaxímenes.

Luego surgió la Escuela Pitagórica, de mediados del siglo VI a. de C., conformada por astrólogos, músicos, matemáticos y filósofos, cuya creencia más destacada era que todas las cosas son, en

esencia, números.

Y más tarde, la de los Eleatas (2), una corriente filosófica de la Antigua Grecia que surgió también en los siglos VI-V a. C. y que sostiene que las cosas sensibles son en su esencia una única sustancia inmutable. La escuela toma su nombre de la ciudad de Elea (sur de Italia), una de las colonias griegas de la Magna Grecia, donde nacieron y vivieron los filósofos Parménides y Zenón.

Hacia 387 a. de C. Platón compró unos terrenos al noroeste de la ciudad de Atenas, a un kilómetro de ella y allí fundó una escuela, la Academia, llena de árboles y fuentes. Su nombre recuerda a Academo, un héroe ateniense legendario de la mitología griega (4).

Después de Platón continuaron, como jefes de la Academia, su sobrino Espeusipo y Jenócrates de Calcedonia.

He aquí un prodigio, Aristóteles, quien ingresó a la Academia a los dieciocho años de edad y fue fundador del Liceo en Atenas. Fue un filósofo, polímata y científico. Sus ideas han ejercido una enorme influencia sobre la historia intelectual de Occidente por más de dos milenios. Fue discípulo de Platón. Poco después de la muerte de éste, abandonó Atenas para ser el maestro de Alejandro Magno en el Reino de Macedonia durante casi 5 años. Ese Alejandro, tan ensalzado por unos y tan criticado por otros. Aristóteles era hijo de Nicómaco y biznieto de Asclepio, en esa rara mezcla de dioses, semidioses y humanos de carne y hueso. Aristóteles afirmaba: “Nace el arte (*tékhne*) cuando de las muchas observaciones de la experiencia (*empeiría*) brota un juicio general”. La medicina técnica o *tékhne* es un saber hacer sabiendo por qué se hace lo que se hace (5).



Las instituciones científicas de la antigua Alejandría o las reuniones de intelectuales de la antigua Roma fueron denominadas «academias». Esta época alejandrina o helenística, en palabras de Alfredo Croiset –maestro de la Escuela Normal superior de París en el primer tercio del siglo XX– posee “una insaciable curiosidad que mueve a los espíritus a multiplicar en todas direcciones la investigación y la indagación. Se quiere saberlo todo, explicarlo todo. Se escudriñan los documentos antiguos... Se recorre la tierra habitada... Se lleva muy lejos el estudio de las ciencias propiamente dichas, tendiendo a separarlas definitivamente de la Filosofía... ¿Qué es todo esto sino el fundamento mismo del espíritu científico? Sócrates, en su Panegírico, afirmaba que lo que hace al griego es la educación y no el origen. Es pues heleno todo hombre culto. En consecuencia, son todos ustedes, señores académicos, helenos o helenísticos (6).

Y Ptolomeo I, Sóter, fundó el Museo en Alejandría, una comunidad de sabios, un centro dedicado a las Musas, las hijas de Zeus, de allí su nombre. Dentro de este Museo estaba la Biblioteca, pues no era un edificio independiente. La ciencia se compendia en rollos. Y Ptolomeo III fundó una segunda biblioteca, que fue tal vez la primera biblioteca pública. Es el deseo de albergar todos los saberes conocidos, en palabras de la escritora Irene Vallejo (7). Es un verdadero culto organizado al conocimiento.

La Academia platónica y las demás instituciones culturales consideradas “paganas” por los cristianos, subsistieron hasta el año 529 cuando el emperador bizantino Justiniano I ordenó su clausura.

En la Edad Media, la palabra *academia* pasó a designar al cuerpo de profesores reunidos con estudiantes en un determinado lugar.

A partir de ella se difundió la idea de *academia* como institución cultural, donde se posibilitaba el contacto e intercambio de ideas entre la multiplicidad de disciplinas intelectuales que englobaba el nuevo concepto de humanista, es decir, los filólogos, los poetas, los artistas y los científicos.

La Academia Platónica florentina fue una institución humanística fundada en 1459 por el mecenas Cosme de Médicis. y que fue protegida así mismo por Lorenzo de Médicis. Al principio no fue sino un círculo de amigos para discutir temas literarios, y no trascendió del grupo de eruditos ligados a la familia Médicis. Sin embargo, fue imitada en otras ciudades de Italia y posteriormente en todas las naciones de Europa. Fue la llegada del filósofo bizantino Georgios Gemistos Plethon a la corte florentina de Cosme de Médicis, y las enseñanzas que dio en la misma de la filosofía platónica y neoplatónica, las que indujeron a Cosme a fundar esta Academia. Sus principales miembros fueron, además de Plethon, el Cardenal Bessarion, Marsilio Ficino y luego Giovanni Pico della Mirándola. La tendencia común fue, ante todo, el estudio de Platón.

Luego apareció la Academia Linceana (Academia de los Linceos), en Roma, fundada por Federico Cesi en 1603. A la edad de dieciocho años –la misma edad de Aristóteles cuando ingresó a la Academia de Platón– invitó a tres amigos un poco mayores, el médico holandés Johannes van Heeck, el matemático Francesco Stelluti de Fabriano y el erudito Anastasio de Filiis de Terni para unirse a él. Su objetivo era la comprensión de todas las ciencias naturales a través de un método de investigación basado en la observación, la experimentación y el método inductivo. Su símbolo, el linceo, revela el doble propósito de esforzarse por alcanzar el perfeccionamiento tanto moral como científico. Más

tarde se les unieron distinguidos científicos como Giambattista della Porta, inventor de la cámara oscura en 1610 (quinto linceo) y el propio Galileo en 1611 (sexto linceo). Después se unieron otros, como el francés Fabri de Peiresc, descubridor de los vasos quilíferos en el hombre, hasta alcanzar el número de 32 linceos. La Academia se hizo cargo de la publicación del opúsculo sobre las “Macchie solari” (Manchas Solares) y del “Saggiatore” (El Ensayador) (1623) de Galileo, así como de las investigaciones del naturalista Fabio Colonna, quien se interesó en el recién inventado telescopio y en el microscopio, teniendo correspondencia con Galileo Galilei y otros académicos linceos sobre astronomía.

Pese a que las *Prescripciones Lynceae* (estatutos) no se publicaron hasta 1624, desde los inicios existían reglas escritas con ese fin. Las *Gesta Lynceorum* (actas) fueron la primera publicación de una institución de ese tipo. La academia mencionada patrocinó la edición del compendio de los apuntes del protomédico Francisco Hernández –elaborado en Madrid por el italiano Antonio Nardo Recchi–, con valiosos comentarios de los académicos y las primeras trece *Tabulae Phytosophicae* (un intento de clasificación de los vegetales) de Federico Angelo Cesi. La “Accademia dei Lincei” tuvo que interrumpir sus actividades oficiales en 1630 por la muerte de su presidente. Revivió en Rimini de 1745 a 1755 y se reconstituyó definitivamente en Roma en 1801. Desde entonces desarrolla una labor regular y continua, y publica sus propios periódicos (8).

Más tarde se fundó la Academia Francesa, la cual se constituyó en una institución encargada de regular y perfeccionar el idioma francés. Fue fundada en 1635 por el cardenal Richelieu durante el reinado de Luis XIII, lo que la

hace una de las instituciones más antiguas de Francia.

La Leopoldina o Academia Nacional de las Ciencias se fundó en 1652 en Schweinfurt (Alemania) y se afirma que es la sociedad científica más antigua del mundo. No se sabe con certeza quien la fundó.

La *Accademia del Cimento* (Academia del experimento) fue fundada en Florencia en 1657 por algunos estudiantes de Galileo, como Giovanni Alfonso Borelli y Vincenzo Viviani. Su lema *Provando e riprovando* puede ser traducido como «probando y probando otra vez» o como «experimentando y confirmando».

El enfoque científico de estas dos primeras academias italianas pudo prosperar en Inglaterra, bajo la influencia del pensamiento baconiano. Francis Bacon había proclamado claramente que el verdadero sabio es un “inventor”. Fue así como hizo su aparición la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural o simplemente la Royal Society, al parecer fundada por Robert Boyle, es la sociedad científica más antigua del Reino Unido y una de las más antiguas de Europa. Aunque se suele considerar el año 1662 como el de su fundación, años antes ya existía un grupo de científicos que se reunía con cierta periodicidad en Oxford, a principios de la década de 1650, en la casa de habitación del matemático William Petty. Fue dicho grupo el que dio origen en 1660 a la “Royal Society of London” constituida sobre el modelo de la Casa de Salomón de “La Nueva Atlántida” de Bacon, un centro de enseñanza donde se llevan a cabo experimentos científicos según el método baconiano de inducción, con el objetivo de comprender y conquistar la naturaleza para poder aplicar el conocimiento obtenido para la mejora de la sociedad. Tal corporación fue reconocida oficialmente en 1662 (9).

En 1666 nace en París la Academia de las Ciencias de Francia, la cual contó inicialmente con científicos como René Descartes, Blaise Pascal y Pierre de Fermat.

Y la Academia de la Arcadia (1690), en Roma, se fundó para combatir los excesos del Barroco mediante una nueva estética, el Clasicismo (9). En 1718 admitió a uno de sus primeros miembros femeninos, la española María Remigia Fernández de Velasco, VI Duquesa de Osuna.

La actividad de Gottfried Leibniz, filósofo, matemático, lógico, teólogo, jurista, bibliotecario y político alemán, promovió la creación de academias científicas en Berlín, San Petersburgo, Dresde y Viena. Fue uno de los grandes pensadores de los siglos XVII y XVIII, y se le reconoce como el «último genio universal», esto es, la última persona que pudo formarse suficientemente en todos los campos del conocimiento; después se considera que solo hubo especialistas.

En la España de los Siglos de Oro florecieron numerosas academias literarias, y otras científicas, como la Academia de Matemáticas de Madrid o Academia Real Matemática (1582). Como consecuencia de los progresos realizados por la Artillería, después del Renacimiento, comenzó a considerarse la Fortificación como una rama separada de la arquitectura civil. En el siglo XVI no era nada fácil estudiar Matemáticas en España. Por esta razón, los ejércitos imperiales españoles estaban llenos de oficiales ingenieros italianos, flamencos y alemanes. Para suplir este déficit, el rey Felipe II propició el establecimiento en 1582 de una Academia de Matemáticas y Arquitectura Militar en el antiguo Real Alcázar de Madrid. Fue fundada por el prestigioso ingeniero militar Tiburcio Spannocchi, al servicio del Rey de España, y el arquitecto Juan de Herrera. La formación de los

alumnos, tanto militares como civiles (se admitían algunos “caballeros particulares”) era muy completa, especialmente para los futuros ingenieros. Abarcaba no solamente Matemáticas y Fortificación, sino Arquitectura, Cosmografía e incluso navegación o el “Arte de Marear”.

Y debemos mencionar también la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla (1693).

Y las artísticas, como la Academia de San Lucas en Roma que fue fundada en 1593 por el pintor, arquitecto y escritor italiano Federico Zuccari.

Se sabe que en 1609 Lope de Vega leyó ante una denominada Academia de Madrid su *Arte nuevo de hacer comedias* (3).

El presente es apenas un burdo brochazo y un corto recorrido por las Academias. Es que solo he pretendido mostrarles el culto al conocimiento, al raciocinio. Y se fundaron muchas más. Nuestro sabio, por demás antioqueño, Francisco Antonio Zea, vituperado injustamente, fue un bipolar funcional y genial, no un loco genial, quien perteneció, óigase bien, a más de 40 academias en Europa por allá por 1820. Y aquí, tan sólo hemos mostrado unas pocas (10). Y ya un coterráneo nuestro estaba exponiendo sus conocimientos a académicos de gran prestigio.

Entre nosotros nació nuestra amada Academia de Medicina de Medellín en julio de 1887. En el primer número de noviembre de 1887, el doctor Andrés Posada Arango, Redactor de la primera Junta Directiva constituida, anotó que el “día 7 de julio de 1887, a la 1 de la tarde se hallaban reunidos en el Salón de la Asamblea Legislativa de Antioquia, la casi totalidad de los médicos domiciliados en Medellín, excitados al efecto por el Sr Gobernador del Departamento,



General D. Marceliano Vélez, con el fin de formar una Sociedad que, a la vez que se ocupara en el adelanto de la Ciencia, especialmente en sus aplicaciones al país, sirviera al Gobierno de Cuerpo consultivo para las numerosas cuestiones de higiene pública y de salubridad general, que con no poca frecuencia se le ofrecen.

Veintiséis profesores atendieron aquella excitación del Jefe del Departamento.

Después de ligera discusión, provocada por proposiciones que hizo el que esto escribe, la Sociedad quedó constituida, tomó nombre, eligió sus empleados para el primer año y designó la comisión que debía redactar los Estatutos. Tal es el origen de la ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLÍN. Diose a la Sociedad esta denominación, que acaso alguno juzgará presuntuosa, no por vanidad pueril, ajena ciertamente del ánimo de todos los concurrentes, sino para dar a conocer desde luego, por su solo nombre, el objeto, el fin, esencialmente científico de la Asociación, a la vez que su carácter oficial; pues debe saberse que el Gobierno departamental, con una elevación de miras tanto más merecedora de encomios cuanto que es este el primer ejemplo dado en el país, tomó a su cargo todos los gastos de la Sociedad, la hizo suya, dejando solo a nuestro cuidado la labor.

Si no estoy equivocado, éste será en lo porvenir uno de los timbres más honrosos para la actual administración”.

El doctor Andrés Posada Arango continúa su discurso y advierte que aunque se titula solo de Medellín, ella es en realidad departamental e invita a que ingresen en ella, con el carácter de Correspondientes, a todos los médicos de Antioquia.

La primera Junta estaba conformada de la siguiente manera:

Manuel Uribe Ángel, Presidente; José Ignacio Quevedo, Vicepresidente; Ramón Arango, Secretario; Francisco A. Arango, Vicesecretario; Francisco A. Uribe, Tesorero; Andrés Posada Arango, Redactor.

A continuación aparece una lista de 18 médicos y dos honorarios”.

Y concluye así el doctor Posada Arango su discurso:

“Como se ve, el personal no es pequeño, y el campo que se ofrece a nuestras investigaciones es vasto, es dilatado, es fecundo. Permitido es, pues, confiar en que la ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLÍN, por más modesta que hoy sea, debido a su origen, a la manera como ha sido formada, por llamamiento general, vendrá a ser con el tiempo una Corporación respetable y sobre todo verdaderamente útil al país. Que cada cual trabaje a la medida de sus fuerzas, con la actividad y consagración que le sea posible, en esta obra de adelanto y de pública conveniencia, y de seguro que si no alcanzaremos el título de sabios, obtendremos ciertamente el para mí más estimable de obreros del progreso, de BUENOS CIUDADANOS” (11,12).

Conviene anotar que a estas Academias se debe la publicación de las relaciones de sus sesiones, las que luego darían lugar a la aparición de los primeros periódicos científicos.

La ciencia ya no es solo teoría. La ciencia se hace experimental. De esta necesidad nacieron las Academias y de estas, los periódicos y revistas científicas después. Y empieza a nacer la colaboración universal y el intercambio de

conocimientos.

Así pues, en 1665, se comenzó a editar en París, el “Journal des Savants” (de los eruditos o sabios) que salió a la luz el 5 de enero de 1665. Y en Londres el periódico “Philosophical Transactions” de la Royal Society el 6 de marzo de 1665. Ambas publicaciones incluían con frecuencia escritos médicos.

Entre nosotros, la Revista Anales de la Academia de Medicina de Medellín. Su primer número vio la luz en noviembre 1887 y un segundo número en diciembre de ese mismo año.

Hasta la fecha se ha dividido en épocas debido a sus interrupciones. La última salió como volumen 17, Números 1 y 2 en 2007 y perteneció a la quinta época. Ahora nos disponemos a reactivarla como Sexta época y esperamos que el primer número salga en mayo de este año 2021. Sería el Volumen 18, No 1 de dicha sexta época.

Por último, no es mi intención contarles en este momento las actividades que pretendemos realizar. Sólo les adelanto que como creemos que la virtualidad llegó para quedarse, esta continuará con o sin pandemia, excepto unas pocas reuniones especiales donde la presencialidad será necesaria. Esto facilitará la asistencia de los académicos de mayor edad, de los que están fuera del país y de nosotros mismos. Por ahora, estamos adaptando los estatutos a ella, a la virtualidad, para que tenga los mismos efectos de aquella, de la presencialidad.

Espero, señores académicos, que este recorrido por el ámbito del conocimiento, a partir de la Idea, haya sido de utilidad. Solo me resta pedirles a ustedes el apoyo para el éxito de la gestión de esta nueva Junta. Sin su apoyo decidido todo nuestro esfuerzo será en vano. ■

